



CELEBRAR LA GLORIA DEL PADRE: LA DINÁMICA TRINITARIA DE LA LITURGIA *

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ-MARTÍN

Celebrar la liturgia es comprender que «el Señor es Dios y se nos ha manifestado»¹. «La liturgia es en primer lugar una *teofanía*: Dios manifiesta su fuerza, y el hombre le reconoce, le adora y le glorifica»². La liturgia celebra la gloria del Dios tres veces Santo: «nosotros cantamos el triple resplandor de la Divinidad una, clamando: Tú eres santo, Padre sin comienzo, Hijo sin comienzo y Espíritu divino»³; pues la gloria es el resplandor de la eterna comunión de la santidad de las tres divinas personas.

El dogma enuncia tres personas (*hypostasis*) y una sola naturaleza o esencia (*ousia*): «no hay más que un solo Dios, el Padre todopoderoso y su Hijo único, y el Espíritu Santo: la Santísima Trinidad»⁴. La unidad divina es trina⁵. Y la liturgia no cesa de invocar y celebrar este misterio: «yo canto tres personas de una sola naturaleza, hipostáticas por ellas mismas: al Padre no engendrado, al Hijo engendrado y al Espíritu Santo, reino sin comienzo, poder, divinidad única»⁶.

*. Mientras redactábamos este estudio, el pasado día 18 de enero, fallecía en Camaldoli (Italia) el benemérito teólogo Cipriano Vagaggini (1909). Muchas de las consideraciones que presentamos han nacido de la lectura de su obra. A él se las ofrecemos, con la seguridad de que estará ya participando de la liturgia celestial.

1. Así responden los fieles en la *Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo* cuando el diácono abre las puertas del santuario y presenta a la asamblea el pan y el vino consagrados para la comunión.

2. C. ANDRONIKOF, *El sentido de la liturgia. La relación entre Dios y el hombre*, Valencia 1992, p. 10.

3. Tropario cuaresmal compuesto por san Teodoro Estudita (759-826): cfr. C. ANDRONIKOF, *o.c.*, p. 238.

4. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA (CEC) 233.

5. CEC 254.

6. Doxología de la 1ª oda de maitines del sábado de carnaval, compuesta por Teodoro Estudita: cfr. C. ANDRONIKOF, *o.c.*, p. 239.

Misterio trinitario de comunión en la gloria, que es eterna efusión de amor⁷. La Trinidad una es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu, eterno misterio de donación y acogida: «la comunión divina es una efusión de amor entre los Tres»⁸.

Comunión eterna de amor que, en inefable manifestación de benevolencia, se dona. «El Padre “dona” su Verbo y su Espíritu y todo es llamado a la existencia»⁹. La comunión de las tres personas consustanciales es principio de todo lo creado: «entre el ser y la nada no hay otro principio de existencia que el principio trinitario»¹⁰.

En insondable efusión de amor, las tres divinas personas, en las que «como en el principio» circula eternamente la gloria, quisieron que el cosmos y el hombre, creado a su imagen y semejanza¹¹, fueran partícipes de su vida íntima de comunión en la santidad, como manifestación en el tiempo de su gloria eterna. «Tearquía tres veces santa» —canta la liturgia— «el Padre, el Hijo, con el Espíritu, tú eres mi Dios que mantienes el universo por tu omnipotencia»¹².

Comunión de vida donada en la gratuidad y llamada a ser libremente aceptada; comunión de un amor y de una vida que no nacen del hombre, sino de Aquél, el Padre, que es fuente de vida y amor, y gratuitamente las ofrece al mundo en su Verbo y en su Espíritu¹³; comunión que es efusión de la gloria del Dios tres veces Santo: «Eres Santo, todo Santo, Tú y tu Hijo unigénito y tu Espíritu. Eres santo, todo santo y magnífica es tu gloria. Tú has amado al mundo hasta el punto de dar a tu Hijo unigénito»¹⁴.

Y, en efecto, el Hijo eterno, «engendrado antes de todos los siglos», y encarnado en el tiempo y en la historia «por obra del Espíritu Santo», introduce

7. «Porque Dios es amor»: 1 Jn 4:8.

8. J. CORBON, *Liturgia alla sorgente*, Roma 1983, p. 26. Y el autor continúa: «Il Padre è Sorgente del Verbo che esprime e del Soffio che spira. Ma è sorgente di Comunione: il suo figlio è tutto “verso” di lui, offrendogli nel suo splendore tutto ciò che è e che è “generato” dal Padre; il suo Spirito è tutto “di” lui, ridonandogli nel suo Accogliimento il Dono che egli è e che “procede” dal Padre. Nella Comunione della Trinità Santa, nessuna Persona è nominata per se stessa (...). Nella Comunione del Dio vivente, il mistero di ogni Persona è di essere per l'Altro; “O Tu!”».

9. J. CORBON, *o.c.*, p. 27.

10. P. EVDOKIMOV, *Teologia della bellezza*, Cinisello Balsamo 1990, p. 231.

11. Cfr. Gen 1:26.

12. Doxología de la 6ª oda de maitines del sábado de carnaval, compuesta por Teodoro Estudita: cfr. C. ANDRONIKOF, *o.c.*, p. 241.

13. Cfr. J. CORBON, *o.c.*, p. 26-27.

14. *Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo*: oración de embolismo posterior al Trisagio, como nexo de unión con el relato de la institución de la plegaria eucarística.

al hombre en el misterio de comunión del Dios tres veces santo. De las profundidades eternas del misterio de vida que nace del Padre antes de los siglos nadie puede entrar en comunión, sino a través del Hijo unigénito, pues «a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado»¹⁵, ya que sólo conoce al Padre el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar¹⁶.

Es a través de la misión del Hijo, enviado por el Padre y hecho carne por obra del Espíritu, como se participa en la comunión del misterio del Dios trinitario. En otros términos, «según la feliz fórmula de los Padres y de los Concilios de los primeros siglos, sólo por la “Economía” se entra en la “Teología”: la Trinidad Santa no se nos revela sino por su “designio” de amor en favor de los hombres»¹⁷. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia, los Padres distinguieron «entre la “Theologia” y la “Oikonomia”, designando con el primer término el misterio de la vida íntima del Dios-Trinidad, y con el segundo todas las obras de Dios por las que se revela y comunica su vida. Por la “Oikonomia” nos es revelada la “Theologia”; pero inversamente, es la “Theologia”, quien esclarece toda la “Oikonomia”. Las obras de Dios revelan quién es en sí mismo; e inversamente, el misterio de su Ser íntimo ilumina la inteligencia de todas sus obras»¹⁸.

Comunión «económica» con la gloria «teológica» del Padre, del Hijo y del Espíritu que ha acontecido en el inescrutable misterio de Cristo, «el Verbo encarnado, enviado por el Padre al mundo para la salvación de la humanidad»¹⁹. El Hijo, enviado por el Padre al mundo²⁰ y hecho hombre por obra del Espíritu Santo —«*et incarnatus est de Spiritu Sancto*»—, al volver a la gloria del Padre por el misterio pascual de su pasión y glorificación²¹, entrega su Espíritu²², para que en Él, convertidos en hijos en el Hijo, entremos en comunión con la gloria del Padre²³: «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de

15. Jn 1:18.

16. Cfr. Lc 10:22.

17. J. CORBON, *o.c.*, p. 26.

18. CEC 236.

19. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes* (14-III-1999).

20. Cfr. 1 Jn 4:10 y 4:14.

21. «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo el mundo y voy al Padre»: Jn 16:28.

22. Jn 19:30.

23. «Ahora me voy al que me ha enviado (...). Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré (...). Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa (...). Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros»: Jn 16:5-15.

mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La pueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios»²⁴. En palabras de Juan Pablo II, «la misión del Hijo de Dios llega a su plenitud cuando Él, ofreciéndose a sí mismo, realiza nuestra adopción filial y, con el don del Espíritu Santo, hace posible a cada ser humano la participación en la misma comunión trinitaria. En el misterio pascual, Dios Padre, por medio del Hijo en el Espíritu Paráclito, se ha inclinado sobre cada hombre ofreciéndole la posibilidad de la redención del pecado y la liberación de la muerte»²⁵. A partir de la hora en la que el Hijo del hombre es glorificado²⁶, por su muerte y resurrección, el Padre es glorificado en el mundo²⁷. Por ello, en el corazón de la liturgia, la plegaria eucarística, se encuentra siempre la memoria o anámnesis del misterio pascual: «Por eso, nosotros, Señor, al celebrar ahora el memorial de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo y su descenso al lugar de los muertos, proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha; y, mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos su Cuerpo y Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo»²⁸.

La «economía» del misterio se presenta, así, como un movimiento —o dialéctica— de comunión vital cristológico-trinitaria con la «teología» del misterio o vida íntima intratrinitaria: comunión con la gloria del Padre, por medio del Hijo encarnado, en la obra del Espíritu; movimiento que, por ello, posee una doble dimensión (descendente-ascendente²⁹ o soteriológico-doxológica) en forma de «*traditio*» y «*redditio*», «*exitus*» y «*reditus*», «*katabasis*» y «*anabasis*» divinas. «La misma revelación (...) nos abre una maravillosa espiral de luz sobre todo el ciclo de las relaciones entre el Dios trinidad y cada uno de nosotros. He aquí brevemente este ciclo: todo nos viene del Padre, por medio de su Hijo encarnado, Jesucristo, en la presencia en nosotros del Espíritu Santo, y de este modo, en la presencia del Espíritu Santo, por medio del Hijo encarnado, Jesucristo, todo debe retornar al Padre y alcanzar su fin último: la Trinidad beatísima. Es la dialéctica cristológico-trinitaria de la historia sagrada y de la salvación, de la economía de Dios en el mundo»³⁰. Todo don, en definitiva, viene

24. Gal 4:4-7.

25. Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes* (14-III-1999).

26. Cfr. Jn 12:23.

27. Cfr. Jn 12:28.

28. MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV: Anámnesis*.

29. Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes* (14-III-1999), n. 1.

30. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, Madrid 1965², p. 189.

del Padre (*a Patre*) por el Hijo encarnado, Cristo (*per Christum*), por obra del Espíritu (*in o ex virtute Spiritu*), para en el Espíritu (*in o ex virtute Spiritu*), por medio de Cristo (*per Christum*), regresar del nuevo al Padre (*ad Patrem*).

La liturgia, en cuanto celebración —presencia, manifestación y comunicación— del misterio de Cristo para la vida de los hombres³¹, «no es otra cosa en el fondo que la actualización sacramental continuada de aquel primer acontecimiento por el cual la Palabra-Dios se hizo carne»³² a fin de que los hombres, por obra del Espíritu, participaran de la santidad del Padre y, así, le glorificaran. «Divino comercio»³³ de Dios y el hombre que la misma liturgia expresa con sentimientos de admiración: «oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza y de un modo más admirable todavía elevaste su condición por Jesucristo; concédenos compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana»³⁴.

La auténtica noción de liturgia presupone esta dialéctica de comunión trinitaria, fuera de la cual su estructura profunda resulta absolutamente incomprendible. Como afirma J. Corbon, en cada celebración sacramental se viven «los tres movimientos de la Pascua de Jesús: el Padre nos dona a su Hijo predilecto, el Verbo asume nuestra carne y nuestra muerte para que resucitemos con Él, y su Espíritu nos hace entrar en la Comunión eterna del Padre»³⁵. A partir de entonces, el misterio de la santidad divina —*theologia*—, dispensado en el acontecimiento de Cristo —*oikonomia*— se convierte en *leiturgia*, en cuanto participado y comunicado a los hombres³⁶.

Por ello, la liturgia, antes que una «celebración» es un «acontecimiento»³⁷: la presencia siempre actual del misterio de santidad intratrinitaria dado en Cristo en comunión a los hombres. Sin la categoría de «misterio» —en su doble vertiente trinitaria teológico-económica—, la «liturgia» quedaría limitada a la sola expresión cultural de un determinado hecho religioso —el

31. Cfr. el desarrollo de este principio, enunciado en consonancia con cuanto se afirma en CEC 1068 y 1076, en J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *La liturgia, celebrazione del mistero di Cristo*: «Studi Cattolici» 436 (1997) 404-410.

32. S. MARSILI, *Teología litúrgica*: «Nuevo Diccionario de Liturgia», Madrid 1987, p. 1952.

33. «*Sacrosancta commercia*»: MISAL ROMANO: «Natividad del Señor», oración sobre las ofrendas de la Misa de la noche.

34. MISAL ROMANO: «Natividad del Señor», oración colecta de la Misa del día. La fórmula, que con toda probabilidad procede de san León Magno, constituye uno de los mejores exponentes literarios y teológicos de la eucología romana.

35. J. CORBON, *o.c.*, p. 143.

36. Cfr. J. CORBON, *o.c.*, p. 57.

37. Cfr. J. CORBON, *o.c.*, p. 21 y J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *o.c.*, 404-405.

cristiano—, y su «celebración» no iría más allá de una mera expresión ritual del hombre en busca de Dios; reducciones ambas a simple manifestación antropológica³⁸ y, lo que es peor, cerrado en su horizonte su radical condición de «don» gratuito ofrecido al hombre por Dios para su libre «acogida».

Aceptar el «misterio» implica comprender que en la celebración litúrgica acontece la comunión de vida con el Dios tres veces Santo, que en su infinita bondad ha querido que el hombre fuera partícipe de su gloria eterna. «Cuando celebramos la Liturgia nuestra vida participa intensamente y de un modo único con el Señor adorable, con todos los hombres recreados en la Comunión del Padre, con el mundo reconciliado y el tiempo liberado: nosotros “vivimos”, en el máximo valor de la palabra, y aquello que seremos eternamente es “ya” manifestado y gustado en el Espíritu»³⁹.

Ello presupone que la liturgia, lejos de reducirse a su manifestación fenomenológica, implica —como consideraremos más detenidamente— la conjunción inescindible de tres realidades: «misterio», «acción» y «vida». De aquí que «la dimensión trinitaria de la liturgia constituya el principio teológico fundamental de su naturaleza, y la primera ley de toda celebración»⁴⁰. En efecto, en cada celebración «sacramental» «obran los tres actores de la Liturgia eterna. La Trinidad santa difunde sus “Energías” deificantes y es glorificada»⁴¹.

Sorprende, por tanto, el hecho de que —frente a cuanto se observa en los últimos documentos magisteriales— los manuales más recientes de liturgia hayan optado, en buena medida, por un enfoque hermenéutico de carácter fenomenológico —antropología del rito—; al tiempo que aquellos estudios que se esfuerzan por fundamentar teológicamente la naturaleza del ser y acontecer litúrgicos, mediante una atención adecuada a su dimensión cristológico-pneumatológica, hayan olvidado sin embargo —al menos, en su ordenamiento sistemático— el carácter fontal y final de Dios Padre⁴².

38. Vid. cuanto afirmamos en J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *o.c.*, 406-408.

39. J. CORBON, *o.c.*, p. 175.

40. J. LOPEZ MARTÍN, *La liturgia de la Iglesia: «Sapientia Fidei»* 6, Madrid 1994, p. 24.

41. J. CORBON, *o.c.*, p. 143.

42. Una excepción se encuentra en el reseñado manual de J. López Martín, quien recoge las aportaciones del Catecismo de la Iglesia, aun cuando tan sólo dedique a esta cuestión media página. Sin la pretensión de un «tratado», la «meditación litúrgica» de J. Corbon, repetidamente citada en nuestro trabajo, que tiene por intención subrayar la naturaleza misteriosa de la liturgia, es —probablemente, a causa de su profunda comprensión del hecho litúrgico—, el único estudio que presenta un desarrollo armónico de su carácter trinitario. Estas circunstancias acrecientan el valor de una obra como la mencionada de C. Vagaggini, quien ya en 1957 reservaba un capítulo a la dialéctica trinitaria del acontecer litúrgico.

Presencia, manifestación y comunicación de la gloria de Dios —«*Theologia*»— por la actualización del misterio de Cristo —«*Oikonomia*»—, la liturgia revela el ser radical del Dios trino, pues en cuanto eco perenne del acontecimiento del Hijo enviado por el Padre y encarnado por obra del Espíritu, su celebración actualiza en la historia —en el tiempo y en el espacio— la gloria eterna e infinita, o comunión en la santidad del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria»⁴³; de tal modo que «lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos acerca del Verbo de la vida —pues la vida se ha manifestado y nosotros la hemos visto, y damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre, y se nos ha manifestado—; lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo»⁴⁴.

De aquí que la liturgia no pueda ser comprendida ni vivida sino como «alabanza de la gloria»⁴⁵; presencia sacramental de la gloria del Padre dada en comunión a los hombres en el misterio de Cristo, el Hijo encarnado —«resplandor de su gloria»⁴⁶—, que la celebración actualiza (*anamnesis*) por obra del Espíritu (*epiclesis*)⁴⁷. La liturgia es, por ello, realidad esencialmente doxológica; término que literalmente significa «expresión de la Gloria»⁴⁸. No es de extrañar, por tanto, que todas las fórmulas eucológicas de la liturgia culminen siempre, necesariamente, en una doxología o glorificación del Padre, por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo.

De este modo, la dinámica trinitaria del acontecer litúrgico se nos presenta como un gratuito flujo y reflujo de «don» y de «acogida» de la gloria trinitaria, en un movimiento circular que encuentra en el Padre su fuente y su culmen⁴⁹. El Padre, en Cristo, dona al mundo a su Hijo y a su Espíritu, a fin de que el hombre libremente los acoja y le glorifique; para, después, acoger a su vez la gloria que el hombre le otorga: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espiri-

43. Jn 1:14. La noción veterotestamentaria de la gloria de Dios —*kabod Yahweh*—, presencia del ser divino en cuanto manifestado a los hombres (cfr. Is 60:1-2), es advertida por el Nuevo Testamento como consumada en el misterio de Cristo.

44. 1 Jn 1:1-3.

45. Cfr. Ef 1:6.

46. Cfr. Hb 1:3.

47. «Lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a la celebración de sus misterios»: LEÓN MAGNO, *Sermo* 74:2, cit. en CEC 1115.

48. Cfr. J. CORBON, *o.c.*, p. 57.

49. Cfr. la «doble dimensión» de la liturgia presente en CEC 1083.

tuales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado»⁵⁰. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia, «en la Liturgia de la Iglesia, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como la fuente y el fin de todas las bendiciones de la Creación y de la Salvación; en su Verbo encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo»⁵¹.

Diálectica que, en categorías litúrgicas, puede expresarse mediante los términos de bendición («*eulogía*») y acción de gracias («*eucharistia*»). El Padre bendice al hombre con su intervención salvífica en la historia —«desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos toda la obra de Dios es *bendición*»⁵²— y el hombre responde en hacimiento de gracias⁵³. Por ello, toda acción litúrgica es, al mismo tiempo, bendición del Padre al hombre y respuesta en acción de gracias del hombre al Padre. Y, por lo mismo, la eucaristía es la acción litúrgica —y la anáfora, la oración litúrgica— por excelencia, en cuanto en ella se «re-presenta», se actualiza, el misterio pascual de Cristo, el Dios-hombre, plena bendición del Padre a los hombres y única respuesta de los hombres aceptable para el Padre.

Como consecuencia de esta diálectica, si de una parte toda oración litúrgica deberá siempre estar dirigida al Padre: «cum altari assistitur, semper ad Patrem dirigatur oratio»⁵⁴, de otra, se comprenderá bien la razón por la que nunca la Iglesia ha aceptado, en su ciclo anual, una fiesta consagrada a Dios Padre⁵⁵.

Dinámica circular de comunión que puede resumirse en dos palabras: santificación y glorificación. Efectivamente, la glorificación del Padre por parte del hombre consiste esencialmente en su santificación, en su incorporación al misterio salvífico de Cristo: «porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la

50. Ef 1:3-6.

51. CEC 1082.

52. CEC 1079.

53. Cfr. CEC 1081.

54. Canon 21 del Concilio de Hipona del año 393.

55. Como afirma C. VAGAGGINI, *o.c.*, p. 234, «más de una vez, incluso en tiempos recientes, ha habido quien ha intentado introducir en los ciclos litúrgicos una fiesta del Padre. Pero Roma siempre la ha negado».

vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios»⁵⁶.

Santificación del hombre por parte del Padre y glorificación del Padre por parte del hombre⁵⁷, mediante la participación en el misterio trinitario de Cristo —el Hijo enviado por el Padre y ungido por el Espíritu—, la gloria de Dios unifica las dimensiones descendente y ascendente, soteriológica y doxológica, del acontecimiento litúrgico en su dinámica teológico-económica interna. Gloria «del» y «al» Padre, por el memorial o «anámnesis» del Hijo encarnado, en la «epiclesis» o fuerza transformadora del Espíritu, la liturgia es constituida como comunión del hombre con la santidad del Dios trascendente y su gloria intratrinitaria («*theologia*»), comunicada mediante la participación sacramental en los misterios de la carne de Cristo, el Hijo enviado por el Padre por obra del Espíritu («*oikonomia*»). De aquí que, en cuanto resplandor de la comunión de santidad trinitaria, la gloria de Dios sea el principio catalizador del acontecer litúrgico y de su doble movimiento.

La tradición patristica ha expresado adecuadamente esta dinámica «litúrgica» de la dialéctica salvífica del Dios trinitario mediante un sumario que hunde sus raíces en la palabra neotestamentaria: *a Patre, per Christum, in Spiritu Sancto, ad Patrem*⁵⁸. En tal axioma, como acertadamente ha señalado C. Vagaggini, «el Padre se muestra ante todo *ut a quo* y *ut ad quem*; el Hijo, *ut per quem*; y el Espíritu, *ut in quo*»⁵⁹. Este principio, entendido originalmente —al menos, de modo prevalente— en su dimensión «económica» *ad extra*, adquirió pronto, a causa de las controversias arrianas, una comprensión más profunda, percibiendo en su enunciado la vertiente «teológica» *ad intra* de la vida trinitaria⁶⁰ e interpretando la fórmula en su sentido más global: *a Patre, per Christum*

56. IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* 4, 20:7, cit. en CEC 294.

57. «Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados...»: CONCILIO VATICANO II, cons. *Sacrosanctum Concilium* (SC), n. 7; cit. en CEC 1089.

58. Vid., por ejemplo, en su dimensión ascendente, la doxología propia de la anáfora romana: «Per Ipsum [Christum], et cum Ipso, et in Ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria; per omnia saecula saeculorum». El texto aparece recogido en escritos de san León Magno (siglo V).

59. C. VAGAGGINI, *o.c.*, p. 196. El autor presenta un abundante elenco de las fuentes neotestamentarias —en especial, escritos del *corpus* paulino y de san Juan— y patristicas —Ireneo, Atanasio y Gregorio de Nisa— de este principio en *ibid.*, pp. 196 a 202.

60. «A partir de aquel momento, las liturgias, conservando siempre como fondo la consideración extratrinitaria de las personas según el esquema *a, per, in, ad*, y por lo mismo, la visual cristológico-trinitaria, se preocupan de multiplicar notablemente la afirmación, hecha en el segundo plano psicológico de la igualdad intratrinitaria de las

*Filium eius, in Spiritu ad Patrem, beata Trinitas unus Deus*⁶¹. Así se advierte, por ejemplo, en la plegaria eucarística propia de las tradiciones litúrgicas de matriz antioquena: «Es justo y necesario adorar al Padre, Hijo y Espíritu Santo: Trinidad consustancial e indivisible»⁶².

Este axioma —siempre presente, implícita o explícitamente, en la estructura teológica interna de toda fórmula eucológica— subraya el carácter *fontal* y *final* del Padre, la *mediación* del Hijo encarnado, Cristo, y la *potencia virtual* del Espíritu en el acontecer litúrgico; en correspondencia con la dinámica del movimiento dialéctico del misterio salvífico de comunión con la vida intratrinitaria —«*opus nostrae redemptionis*»⁶³—, que la celebración litúrgica hace presente, manifiesta y comunica de modo sacramental. Éste es tanto el entramado subyacente al apartado «*La liturgia, obra de la Santísima Trinidad*» del Catecismo de la Iglesia⁶⁴, como la estructura profunda —teológica y literaria— de toda oración litúrgica, que, por lo mismo, siempre encuentra su fundamento en un esquema tripartito: anámnesis, epiclesis y doxología.

En otros términos, el citado principio patrístico-litúrgico afirma al Padre como «fuente» y «fin» de la liturgia; a Cristo, el Hijo encarnado, como el «mediador»; y al Espíritu como la «*virtus*» o, en términos del Catecismo, el «artífice»⁶⁵; pero, nótese bien, entendida la liturgia no reducida al fenómeno celebrativo, sino contemplada en su ser más profundo de acontecimiento teológico-salvífico que nace de la conjunción de tres realidades inescindibles: «misterio», «celebración» y «vida»⁶⁶; tal y como se afirma en la acertada síntesis de

personas mismas, igualdad que precisamente era negada por la herejía arriana. Así, la atención del plano de las relaciones extratrinitarias de las personas, según el esquema *a, per, in ad*, viene a concentrarse, bastante más de cuanto venía directamente de la misma Escritura sobre el plano ontológico e intratrinitario de la unidad numérica de la sustancia divina e igualdad de las personas»: C. VAGAGGINI, *o.c.*, p. 204.

61. Cfr. C. VAGAGGINI, *o.c.*, p. 205. Precisamente, a causa de su origen, el autor encuentra que esta formulación, sin ser desconocida en la liturgia romana, aparece más desarrollada en aquellas tradiciones que sufrieron más los embates del arrianismo: liturgias galicanas e hispánica y orientales.

62. *Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo*: diálogo introductorio de la anáfora eucarística.

63. Cfr. SC 2. Vid. J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, «*Opus nostrae redemptionis exercetur*». *Aproximación histórica al concepto conciliar de liturgia*, «Scripta Theologica 28 (1996) 475-497.

64. Cfr. CEC 1077-1112.

65. CEC 1091.

66. Un análisis de esta noción de «liturgia» en J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *La liturgia, celebrazione...*, pp 404-405. Tal concepto ha sido desarrollado, de un modo orgánico y completo, en diversos escritos de A.M. Triacca y aparece como principio estructural de la obra citada de J. Corbon.

la revelación y de la tradición teológico-litúrgica que ofrece el Catecismo de la Iglesia: «es el *Misterio* de Cristo lo que la Iglesia anuncia y *celebra* en su liturgia, a fin de que los fieles *vivan* de él y den testimonio del mismo en el mundo»⁶⁷. Y, en este sentido, la liturgia puede y debe ser «interpretada» —esto es, concebida y ejercitada— como «misterio celebrado para la vida», «celebración del misterio para la vida» o «vida celebrada en el misterio», según se quiera subrayar uno u otro acento⁶⁸: «celebrada en momentos concretos pero llamada a vivir continuamente, la Liturgia es el único Misterio de Cristo que da la Vida a los hombres»⁶⁹.

Efectivamente, pese a interpretaciones demasiado habituales —tanto en el ámbito de la teoría, como de la praxis—, la dimensión fenomenológica de la acción litúrgica —el «rito» o hecho celebrativo— no agota ni el *ser* de la liturgia, ni siquiera su *celebración*⁷⁰. Antes bien, la noción de celebración litúrgica comprende también el «misterio» que se actualiza —la «economía» trinitaria— y la vida de comunión —participación en la «teología» trinitaria— que comunica, precisamente en virtud de su carácter de acción eminentemente trinitaria, según la dinámica expresada por el citado axioma patrístico. De aquí que toda aproximación litúrgica que no nazca de la consideración inescindible de la presencia e interacción de los tres niveles de la liturgia en el momento celebrativo (misterio, celebración y vida), estará condenada a la «aporía» de una celebración encerrada en sí misma. Sólo la prioridad del «misterio» respecto a la «acción» y a la «vida» —realidades que, adviértase, forman también parte del «misterio»— permite comprender en profundidad el auténtico ser y acontecer litúrgicos: en la liturgia, aunque no se *confundan*, el misterio, la acción y la vida se *funden*. «La Liturgia fontal» —ha escrito J. Corbon— «existe antes de las celebraciones sacramentales, las vivifica y les hace capaces de comunicar su fruto»⁷¹.

67. CEC 1068.

68. «La liturgia es el “Mysterium” [total, sintetizado en el Pascual] celebrado [justamente en la acción por excelencia: la celebración litúrgica] para la vida [del pueblo de Dios, del fiel en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia]. Al mismo tiempo, la liturgia es la vida del fiel que culmina en la acción litúrgica para que el *Mysterium* se actualice en la Iglesia, para “renovar la faz de la tierra” y dar gloria a la Trinidad»: A.M. TRIACCA, *Espíritu Santo y Liturgia. Líneas metodológicas para una profundización*, «Liturgia» 47 (1981) 45, «Cuadernos Phase» 34, p. 23.

69. J. CORBON, *o.c.*, p. 179.

70. Tal sería la sugestión «panliturgista». «La sagrada liturgia» —declara el último Concilio— «no agota toda la actividad de la Iglesia»: SC 9 (cfr., también, SC 12). Esta «tentación» —es justo consignarlo— surge precisamente cuando por liturgia se entiende el simple hecho celebrativo.

71. J. CORBON, *o.c.*, p. 142.

Más aún, la celebración eclesial de la liturgia «*in terris*» no es sino un trasunto de la liturgia eterna celestial «*in patria*»: «la Liturgia no se reduce a lo que celebramos. Ella es continuamente celebrada ante el Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo, con “la asamblea de los primogénitos” en el Reino»⁷². Por ello, en cuanto perennización del misterio de Cristo, las celebraciones litúrgicas de la Iglesia no son sino la «anámnesis» de la gloria; presencia actual, en el sacramento, bajo el velo simbólico, no sólo de la comunión eterna de la santidad del Padre, del Hijo y del Espíritu, sino también de la liturgia apocalíptica, consumada en la venida gloriosa del Hijo, al final de los tiempos, cuando todo el cosmos recreado adorará sin fin al Dios tres veces Santo.

Esta conciencia lleva a la oración litúrgica por excelencia, la anáfora eucarística, a abrirse siempre con la alabanza de la liturgia celestial: «En verdad es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero, que existes desde siempre y vives para siempre; luz sobre toda luz. Porque tú sólo eres bueno y fuente de vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria. Por eso, innumerables ángeles en tu presencia, contemplando la gloria de tu rostro, te sirven siempre y te glorifican sin cesar. Y con ellos también nosotros, llenos de alegría, y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre cantando: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo»⁷³.

De este modo, la liturgia de la Iglesia se nos presenta siempre como un don gratuito de comunión de vida, como un ofrecimiento de participación, mediante la «economía» del misterio de Cristo, en la «teología» de la gloria intratrinitaria, resplandor de la santidad mutamente ofrecida y acogida del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Celebrar la liturgia no es, por tanto, sino celebrar al cosmos santificado, para la gloria de Dios Padre: «Sanctus, Sanctus, Sanctus: pleni sunt caeli et terra gloria tua. Tibi laus, Tibi gloria, Tibi gratiarum actio in saecula sempiterna, o beata Trinitas!»

José Luis Gutiérrez-Martín
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

72. J. CORBON, *o.c.*, p. 103.

73. MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*: «prefacio».